

Chaumerel, porque, de lo contrario, sería capaz de presentarse aquí de nuevo.

—Yo traigo oro,—dijo Blanca de Armagnac haciendo sonar su rica bolsa.

—Con eso—exclamó Juan Moreno,—compraría doce docenas de soldados de la Marche.

—Yo había desconfiado de vos, Juan Roldán—replicó Blanca tendiéndole la mano, que el paje besó respetuosamente.—Habéis procedido como un hombre noble y generoso; así es que os pido perdón por haber dudado de vos.

En seguida adelantóse la duquesa Isabel para felicitar también al afortunado Juan Roldán. Nadie se acordaba del pobre Pacífico: parecía que la adhesión de este hombre fuera una cosa natural, inevitable y demasiado sencilla para que hubiera que fijarse en ella.

La alegría concentrada que latía en todos los corazones, necesitaba un momento de expansión; así es que antes de combinar la fuga de Blanca y de la duquesa Isabel, todos los que se encontraban en aquel aposento, poco ha tan triste, con el alma henchida de alborozo, el semblante lleno de júbilo y las manos enlazadas, como los que celebran un gran acontecimiento venturoso, repitieron juntos y á una voz:

—¡Bendito sea Dios que le ha salvado!

Oyóse un ligero rumor en la puerta del cuarto vecino; el pedagogo fué el primero en observarlo, y un grito de terror se ahogó dentro de su pecho. A su vez, dirigieron la vista hacia aquella parte la duquesa y Blanca de Armagnac.

Una y otra cambiaron de color.

—¡Pobres de nosotros!—murmuró Juan Moreno, que fué el último en mirar;—¡si queda uno vivo, mejor para él! ¡En cambio, hay aquí otros que pudieran muy bien ser que no lo contarán!

Su semblante no se alteró, limitándose á hundir su cabeza en la almohada para representar bien, por algún tiempo, su papel de herido.

Veamos qué era lo que causaba este pánico. En el dintel de la puerta vidriera por donde vigilaban los espías, levantábase la figura de un hombre lívido como un espectro, que vacilaba sobre sus piernas y que se apoyaba con un brazo tembloroso y convulso en el marco de la puerta.

La Amapola que temblaba como la hoja en el árbol, la duquesa Isabel, Blanca de Armagnac, Juan Moreno y Pacífico, habían reconocido en ese hombre al capitán Vincencio Tarchino, de cuyo hombro derecho pendía un muñón informe, envuelto en vendas ensangrentadas.

VI

EL HERMANO PACÍFICO

Vincencio Tarchino había llegado allí sin levantar el más leve rumor: es probable que no hubiera salido de su lecho á no haberle estimulado el ardor y los caprichos de la fiebre; tal vez los soldados Raúl y Pedro, que poco antes, y sin esperarlo, habían visto ocupado el cuarto vecino por Blanca é Isabel, habían ido á darle parte de ello.

En vez de analizar minuciosamente las pasiones que se reflejaban en el semblante horrible y alterado del italiano, nos limitaremos á recordar las últimas palabras de maese Anibal Cola, quien había dicho al abandonar la cabecera de Tarchino: «He aquí un hombre que morirá rabioso antes de mañana.»

Todo el que hubiera oído tan lúgubre pronóstico, lo habría juzgado razonable con sólo examinar la mirada de Tarchino, que brillaba con siniestro res-

plandor; su fisonomía presentaba, en cierto modo dos distintos caracteres: por una parte, expresaba algo de ese espíritu artero y egoísta que le era habitual; pero fuera de esto, ó por mejor decir, por encima de esto, notábase en él un verdadero síntoma de enajenación y de extravío. Tarchino no se pertenecía ya á sí mismo, y esto se veía claramente. El enemigo que se aprestaba á hundir su cráneo y á descomponerle el cerebro, era por su naturaleza invisible; pero el estrago que empezaba á ejercer podía notarse ya.

Y sus ojos registraron detenidamente la habitación, y se fijaron en la cama donde Juan Moreno estaba acostado, en lugar de Juan de Armagnac. Al pronto no echó de ver la superchería.

—¡Cuánto tienen que agradecer á Dios!—dijo para sí el italiano.—¿Qué motiva tanta adhesión y amor? ¿Por qué esas personas son tan felices?

Seguía dominándole su idea fija; desde la mañana había trabajado con éxito, y veía con una satisfacción llena de orgullo que la presencia de aquellos dos rehenes debía imprimir un sesgo afortunado á sus negociaciones con el partido de Orleans.

La viuda del duque de Nemours era ya algo por sí sola: pero Juan de Armagnac valía diez veces más; Juan de Armagnac constituía una fortuna.

Podía estimarse también en un precio respetable aquella graciosa joven Blanca, por el amor que el rey Carlos VIII la había demostrado la antevispera, permitiendo la explosión de un arrebató de su amorosa locura.

Tarchino miraba sucesivamente al herido en su cama, á la duquesa Isabel y á Blanca de Armagnac, como un avaro que cuenta su tesoro.

Isabel y Blanca entregábanse á un mismo pensamiento; Juan de Armagnac no podía hallarse muy lejos aún, y esta idea las hacía estremecerse.

El terror de la tía Amapola habíase trocado en una cólera sorda y concentrada, porque acababa de distinguir detrás de Vincencio Tarchino el semblante repulsivo del tabernero, su esposo.

Juan Moreno permanecía inmóvil, ocultando lo mejor que podía sus negros cabellos, en el hueco de la almohada; su único pensamiento era éste: ver de prolongar el mayor tiempo posible el error que protegía la vida de su hermano Juan Rubio.

Entre todos los presentes, el único que se fijaba directamente en el fondo de la cuestión, el único que se ocupaba del peligro real y verdadero, inminente é inevitable, era el pobre hermano Pacífico. Generalmente, Pacífico pensaba después que los otros; pero esta vez les llevaba gran delantera.

Una idea cruzó por su imaginación al primer momento, y esta idea bastó para que se le helara la sangre en las venas. Aquel muñón sangriento é informe que pendía del hombro derecho del capitán, era fruto de una cuchillada tirada por Juan Rolán, el mismo que estaba allí tendido en la cama. Juan Moreno iba á pagar con la vida su adhesión y su cariño, pues era imposible esperar que Vincencio tardara mucho en reconocer al joven soldado.

A consecuencia de este razonamiento, Pacífico fué á buscar su espada y colocóse audazmente delante del lecho del herido.

Tarchino le observó y dijo afectando una sonrisa:

—Por lo que hace á ti, idiota, si desistes de hacer el loco, te dejaremos sano y salvo.

La Amapola conocía á Pacífico demasiado bien para no alarmarse por su movimiento belicoso. La última esperanza de salvación se desvanecía para el pobre Juan Moreno.

—Haya paz, hermano Pacífico—exclamó la mesonera interponiéndose entre Tarchino y el pedagogo;—paz, en nombre de Dios.

Pero Pacífico la apartó á un lado é irguióse delante del capitán.

—Dejadme, mujer—replicó con el legítimo orgullo del hombre valeroso que está dispuesto á hacer el sacrificio de su vida;—sé yo servirme de la espada. Y puesto que éste ha defendido á Juan de Armagnac, yo estoy obligado á protegerle hasta derramar la última gota de mi sangre. Al expresarse así, hacíalo con voz firme y resuelta, dando á conocer todo el sentimiento que atesoraba su alma, y no sospechando que estas palabras podían ser la sentencia de muerte de su joven protegido.

Los ojos de Tarchino despidieron chispas; al pronto creyó no haber comprendido bien, é interrogó al pedagogo con la mirada. La Amapola puso la mano en la boca de Pacífico.

—¿Ese ha defendido al heredero de Armagnac?—repitió Vincencio, como si buscara el sentido que debía dar á estas palabras;—¿qué tiene eso de particular, si es Juan de Armagnac en persona? ¿Qué se ha propuesto decir ese loco?

—Señor capitán—respondió la Amapola,—ya sabéis que el pobre hombre divaga hace mucho tiempo.

—¡Hola!—exclamó Tarchino, notando la consternación de la mesonera;—esa quiere también mentir.

Y miró á la duquesa Isabel y á Blanca de Armagnac, las cuales juntaban las manos y reprimían el aliento.

—¡Hola, hola!—repitió el italiano.

Detrás de Pacífico, Juan Moreno decía en voz muy baja:

—Dejad aquí vuestra espada, buen hombre; pero no os mováis hasta tanto que maese Vincencio se acerque á mi cama. Tengo curiosidad de ver la mueca que hará cuando distinga la punta de mi nariz.

Decía esto alegremente, y, sin embargo, comprendía bien que sus últimos minutos estaban contados; pero eran así aquellos temerarios niños que acababan por ascender á caballeros, cuando la sangre de sus venas perdía aquél su exorbitante calor.

Tarchino no adivinaba aún lo que ocurría, pero faltábale poco para dar en la clave. Dió un paso hacia el interior del aposento, viéndose entonces que detrás de él seguían más de una docena de soldados armados. Amapola estaba delante de la tropa y amenazaba á su mujer con el puño.

—¡Quitate de aquí!—dijo Tarchino á Pacífico.

El pedagogo, lejos de obedecer, tomó con ambas manos su pesadísima espada y se apoyó sólidamente sobre sus piernas.

—¿No comprendes, por lo visto, que es inútil la resistencia?—repuso Tarchino, deteniéndose para indicar que le seguían los soldados.

Pacífico se encogió de hombros.

—¡Es una solemne tontería—dijo,—el orgullo que demostráis los hombres de guerra! Anoche toqué un acero por la primera vez de mi vida, y hoy conozco el modo de manejarlo mejor que todos vosotros.

—¿Será, pues, preciso apelar á la fuerza?...—gritó el italiano frunciendo las cejas.

—Préstame tu charrasco, Raúl—decía Amapola por contraer méritos;—ese es amigo de mi mujer: le hundiré el cráneo de un golpe.

—¿No vamos á intentar nada por salvar á ese joven tan valiente y tan generoso?—murmuró la duquesa Isabel al oído de Blanca de Armagnac.

La joven fué á colocarse entre Pacífico y Tarchino. Más de una vez hemos descrito ya aquel aire imperioso que hacía inclinar la cabeza á los oficiales de Graville. Como su capricho había sido la única voluntad del señor, todos solían obedecerla cie-

gamente; ella lo sabía, y hasta en este crítico momento creyó en la eficacia de su intervención.

—Creo que no habéis notado mi presencia, maese Tarchino—dijo, envolviendo á éste en una desdefiosa mirada.

Tarchino puso en ella los ojos y replicó con una especie de compasión sarcástica y sangrienta:

—Sí, hija, os he visto al entrar y he dicho para mi capote: «¡Esa pobre va á caer de bien alto!»

Blanca no podía dar crédito á sus oídos. Sabía de antemano que aquel hombre era su enemigo, pues las mujeres poseen en este punto un instinto que no las engaña jamás. Pero no hacía más que veinticuatro horas que aquel hombre se arrastraba aún á sus pies.

Y Blanca distaba mucho de saber lo que había acaecido desde el día anterior.

—Hace dos días—dijo, mientras se le enrojecía la frente,—mosén Olivier, conde de la Marche, me repitió: «Si entre los caballeros que me rodean hubiera uno que os faltara al respeto, aun cuando fuera el mejor y el más renombrado, señora, lo trataría como al último villano de mis dominios.»

—Mosén Olivier puede muy bien haber dicho todo esto—replicó Tarchino;—¿no es verdad, soldados?—añadió dirigiéndose á los hombres de armas.—Mosén Olivier ha sacrificado siempre á sus más adictos servidores ante la primera loca que se ha cruzado, sonriéndole, en mitad de su camino.

La frente de Blanca de Armagnac palideció.

—¡Vasallo!—gritó irguiéndose cuanto pudo,—¡serás castigado, yo te lo fio!

Y volviéndose á su vez hacia los hombres de armas, añadió:

—¿Es que no hay aquí más que traidores y cobardes, que así dejáis insultar á vuestro señor?

Ninguno de los soldados respondió á este apóstro-

fe. Tarchino prorrumpió en una risa seca y sarcástica, á la cual hizo eco una estrepitosa carcajada del tío Amapola.

Cerráronse, á pesar suyo, los puños de su excelente esposa, y podemos afirmar que, caso de empeñarse la batalla, no lo habría pasado muy bien en el primer impetu el tío Amapola.

Juan Moreno había escondido una espada dentro del lecho en que yacía, y costábale gran trabajo contenerse á la vista de la insolencia brutal de Tarchino.

Pacífico, por su parte, no decía *esta boca es mía*; apoyábase en la cruz de su espada, inmóvil é impassible como una estatua de piedra; limitábase á esperar, y comprendíase bien que nada de lo que ocurría en torno suyo influía en su resolución.

Su programa reduciase á estas sencillas frases:

—Si este hombre da un paso adelante, le mato.—Y aguardaba á que Tarchino diera este paso.

—Hija mía—dijo el italiano, que se olvidaba casi de su herida: tal era el placer que le ocasionaba esta escena,—bien sé yo que vuestro corazoncito pertenece por entero al joven que yace en esta cama. ¡Por Belcebú! el tal picaruelo ha triunfado nada menos que de un conde, señor de horca y cuchillo, y hasta de un rey de Francia. Ignoro lo que será de vosotros y de nosotros, hija mía, porque vivimos en una época cuajada de enigmas; pero puedo aseguraros desde ahora que sois tan princesa, poco más ó menos, como la buena tía Amapola.

—¿No es verdad, mi noble señora?—añadió dirigiéndose de una manera imprevista á la duquesa Isabel;—¿no es verdad que esta farsa punible ha durado demasiado tiempo? ¿No había más que una sola cuna en la casa de Armagnac, y en esta cuna no se meció jamás una niña, sino un joven duque?

La duquesa Isabel respondió bajando los ojos:

—Vos debéis saber esto mejor que nadie, Vincencio Tarchino; ¡vos, que quisisteis asesinar al hijo después de haber asesinado al padre!

El italiano no dejó de sonreír.

—Hay momentos—murmuró—en que lo mejor sería olvidarlo todo. ¿Qué importa lo que hice en otro tiempo, si puedo hoy seros útil?

—¡Muchachos, acercaos todos!—dijo llamando á los soldados con un gesto imperioso;—¡decid á los que están aquí presentes cuál es el nombre de vuestro amo y señor!

—¡El capitán Vincencio Tarchino!—respondieron los soldados á una voz.

Y el tío Amapola añadió, haciendo saltar hasta el techo su birrete:

—¡El ilustre capitán Tarchino!

—¿Estáis, pues, en abierta rebeldía contra el señor de Graville?—preguntó Blanca de Armagnac, sin perder ni un ápice de su altivez y su valor.

Una carcajada general sirvió de contestación á esta pregunta.

—Abre la ventana, Raúl—dijo el italiano,—la que da á la parte del castillo; esta joven podrá contemplar así un curioso espectáculo, con lo que abreviaremos las explicaciones.

Obedeció Raúl, y en el acto entraron en la habitación, distintamente, las voces y clamores que resonaban en la Marche; el estruendo de la arcabucería parecía haberse alejado un poco, pero no los gritos confusos y el rumor del combate.

Tarchino dijo señalando á la ventana abierta:

—Mirad, madama Blanca de Armagnac—y marcó irónicamente esta palabra.—Ahora comprendéis por qué estos buenos hombres se echan á reír cuando se les habla de Olivier *su señor*.

Por la ventana, encima de los árboles que bordeaban la carretera, veíanse los baluartes del castillo

de la Marche; una gran muchedumbre de hombres de armas coronaba las murallas; de las almenas de la torrecilla con que remataban las fortificaciones por el lado SE., colgaba una soga, y al extremo de esta cuerda pendía y balanceábase lentamente un cadáver.

Blanca de Armagnac exhaló un grito de terror, y el soldado Raúl volvió á cerrar la ventana...

—Sostenme, Pedro—dijo Vincencio Tarchino, esforzándose en conservar el equilibrio y tratando de ocultar la alteración de su voz;—creo que voy á entrar muy luego en la crisis favorable que ha de devolverme la salud, según opinión de mi pariente Aníbal.

Apoyóse en el hombro de Pedro y lanzó en torno de sí una mirada de satisfacción. La Amapola se había puesto de rodillas y murmuraba una oración en descanso del alma de Graville, colgado del pescuezo en una almena de su castillo de la Marche; la duquesa Isabel cubría su rostro con las manos; Blanca de Armagnac temblaba convulsivamente y la voz se le anudaba dentro de la garganta.

Un secreto instinto decía á esas tres mujeres de tan diversa condición, pero identificadas por un mismo afecto, que la muerte de Olivier de Graville en aquel momento era un infortunio más.

Olivier había sido un enemigo implacable, pero era un caballero, y ante la infamia de ciertas iniquidades, Graville habría retrocedido; en tanto que aquel otro, aquel italiano de venenoso mirar, aquel bandido sin conciencia y sin entrañas, no era capaz de detenerse por ningún escrúpulo. Nadie sabía aún, á punto fijo, lo que pretendía, ni cuál era el móvil tenebroso que le impulsaba; pero seguramente había en el fondo de sus planes algo tan negro como el infierno.

A la vista de Graville ajusticiado, el pedagogo no cambió la expresión de su semblante: hubiérase dicho que nada le importaba aquello; por el contrario, el corazón de Juan Moreno dió un vuelco dentro de su pecho. Mientras que el joven permanecía aprisionado entre las sábanas, iba aglomerándose en su espíritu una cólera inmensa; su cabeza se acaloraba por momentos, espiaba al italiano por debajo de los largos brazos de Pacífico, y crispábanse sus dedos cada vez que tocaba el pomo de su espada.

—Acabóse la batalla—dijo Tarchino,—y nosotros hemos salido vencedores... Cuando yo digo *nosotros*, entiendo hablar de nuestro amadísimo señor el rey Carlos de Francia, de quien siempre he sido súbdito fiel y leal.

—¡Vos, súbdito fiel del rey!—exclamó la Amapola, levantando sus puños cerrados;—¡vos, el perverso consejero del desgraciado señor que acaba de pagar con la vida su rebeldía!

El tío Amapola cruzó la habitación, cogió á su mujer por los hombros y obligóla á callar. Tarchino entreabrió su ropilla y sacó del pecho un pergamino que desdobló con la mano que le quedaba.

—No exhibo este documento para que lo vean mis bravos camaradas—dijo con énfasis;—pues mis soldados saben ya cuál ha sido el papel que he representado en las difíciles circunstancias que acabamos de atravesar.

—¡Si, lo sabemos!—repitieron á coro los soldados.

El tío Amapola añadió compungidamente, pero sin soltar los hombros de su mujer:

—Y yo respondo de que es un papel importante.

—Diríjome, pues—repuso Vincencio,—á madama Isabel, duquesa de Nemours; á esa joven señorita Blanca, cualquiera que sea el nombre que tenga por conveniente llevar en lo sucesivo, y hablo, so-

bre todo, por ese joven é ilustre señor que yace en el lecho del sufrimiento. Quiero que no quede entre nosotros ninguna confusión ni falta de inteligencia; quiero que todos sepan, sin que puedan dudar de ello en adelante, que yo soy aquí el dueño, el vencedor y el supremo juez; quiero, en fin, que se persuadan de que su muerte está sólo en mis manos y de que puedo, á mi sabor, causar su ruína ó procurar su salvación.

Blanca de Armagnac y la duquesa Isabel trataban de leer el pergamino, del que no veían más que el reverso. Pacífico, en todo esto, no comprendía más que una cosa, á saber: que el italiano seguía en su error y en la creencia de que tenía entre sus manos al heredero de Armagnac; en vista de esto el pedagogo erguíase cuan alto era delante de la cama, para hacer de pantalla y ocultar así la suplantación. Vincencio volvió el pergamino, y la duquesa Isabel y Blanca de Armagnac pudieron descifrar los caracteres que contenía: era un salvoconducto real, firmado por Dom María José Lobel, obispo de Autun y confesor de S. M.

Este salvoconducto era no sólo para Tarchino, sino también para *sus compañeros*, lo cual nos da la clave de la repentina adhesión de Raúl, Pedro y demás hombres de armas.

Algunos minutos antes había tenido lugar una violenta escena en el aposento de Tarchino, habiendo faltado muy poco para que los soldados le hicieran pagar de una vez sus innumerables traiciones é infamias; pero presentó su famoso pergamino, y como los mercenarios de Graville sabían lo que les esperaba, formáronse obedientemente en derredor de aquel hombre, cuya inviolabilidad, garantida por la promesa del rey, debía servirles desde entonces de escudo. Y como Olivier de Graville, perseguido de cerca por el escudero del duque de Or-

leans, se presentara á pedir asilo en el figón, atrancaron todos la puerta, y cinco minutos después el cuerpo de mosén Olivier, estrangulado, pendía de lo alto de las almenas.

Tarchino prosiguió, sin dejar de exhibir el pergamino desdoblado:

—Los consejeros del rey sabían cuán odiosa me era la rebelión de ese hombre, que había usurpado el título de conde de la Marche... Precisamente yo estaba colocado cerca de él para vigilar su conducta.

Las tres mujeres hicieron á un tiempo mismo un ademán de desdén.

—¡Espía!—murmuró Juan Moreno, que no podía ya reprimir su indignación.

Vincencio frunció las cejas, y su pálido semblante se volvió de color de púrpura.

—Mi joven señor—dijo moderando su voz y dirigiéndose al supuesto herido,—para ser conde de la Marche y duque de Nemours, la primera condición que se necesita es vivir... No me pongáis en el caso de repetiroslo una vez más. Aquí soy yo el único dueño.

Para llegar hasta la cama en que Juan Moreno, trémulo de ira, escondía aún su semblante entre los huecos de la almohada, aquellas palabras habían de cruzar, en cierto modo, por los oídos de Pacífico. Este permanecía inmóvil; pero su respiración iba haciéndose dura y muy penosa.

—¡Es un niño!—murmuró.

Y como su instinto le hiciera comprender lo que no veían los demás, esto es, el cálculo frío del italiano, añadió:

—Luis de Orleans era el amigo íntimo del padre de este joven. Luis de Orleans le ha visto salvar al rey. Sólo quisiera yo tener la cantidad de dinero que caerá esta noche en vuestra bolsa, maese Tar-

chino, cuando digáis al duque: «Aquí os entrego al niño Juan de Armagnac, á quien el señor de Graville quería dar muerte y á quien he tenido la fortuna de salvar.»

Reinó un breve silencio en la habitación; las tres mujeres, que habían comprendido, aunque vagamente, se callaban. Tarchino sonrióse y murmuró:

—Si yo pesco una buena cantidad, te daré un puñado de escudos, viejo inocente, para que puedas hacer hervir la marmita en que cueces la piedra filosofal... Pero yo le diré todavía más al duque de Orleans, pues le diré: «Monseñor, soy yo quien ha abierto á vuestros soldados las puertas del castillo de la Marche.»

—¡Traidor!—murmuró Juan Moreno desde la cama, con voz casi imperceptible.

—Diréle—añadió Tarchino:—«¡Soy yo quien ha ocultado á Graville la defección de la regente; yo soy quien ha puesto la espada en sus manos y la sogá en su pescuezo!»

Y señalaba con el dedo la ventana, á través de la cual habían visto poco antes al cuerpo del conde de la Marche suspenso de las almenas de su propio solar.

—¡Muy bien dicho!—exclamó el tío Amapola.

—¡Vive Dios!...—empezaba á decir exasperada la mesonera.

Pero no tuvo tiempo de concluir, porque el supuesto Juan de Armagnac arrojó lejos de sí las sábanas y saltó en tierra con la espada desnuda en la mano. Blanca y la duquesa ahogaron un grito de terror, y Pacífico abalanzóse delante de Juan Moreno pugnando por detenerle. Pero el joven era más fuerte de lo que parecía, por lo que separó al pedagogo y presentóse delante de Tarchino, gritando:

—¡Es un martirio permanecer en esa cama!

Graville ha cometido muy malas acciones durante su vida; pero yo he comido su pan por espacio de quince años: por esto te repito ahora en alta voz lo que poco ha murmuraba por lo bajo: ¡Vincencio Tarchino, eres un traidor y un cobarde, un infame y un asesino!

—¡Vamos!—dijo Pacífico poniéndose en guardia al lado del joven y elevando los ojos al cielo:—mejor hubierais hecho en no menearos ni armar este conflicto... Pero, en fin, ¡que Dios tenga piedad de todos nosotros! ¡Ha llegado ya el momento de que cada cual cumpla con su deber!

Tarchino estuvo un momento como herido por un rayo. Apenas podía dar crédito á sus ojos; pero cuando hubo examinado bien á Juan Moreno, agitaronse convulsivamente sus labios y se le cubrieron de espuma. Viósele temblar y llevar la mano á su herida, estremeciéndose de los pies á la cabeza, como si el choque violento que acababa de experimentar lo hubiera sentido en el mismo lugar de su grave mal. Los hombres de armas reflejaron en sus ojos sus siniestros designios, y las espadas salieron de sus vainas en el momento en que las tres mujeres gritaban con voz apagada: ¡Piedad! ¡piedad!

—No os mezcléis en esto, excelente varón—decía Juan Moreno á Pacífico, tratando de apartarle:—¡ya sé yo morir solo!

—Joven—respondió Pacífico con afectuosa emoción,—no sé por qué obro de esta manera, porque mi vida no me pertenece y me queda aún mucho que hacer en este mundo; pero siento un misterioso impulso que puede más que yo, y juro que al primero que se acerque á vos le hundo el cráneo.

Tarchino permitía que la duquesa Isabel se arrastrara á sus pies en ademán suplicante, y no veía, tal era su malvado orgullo, á Blanca inclinada delante de él con los ojos arrasados en lágrimas.

Durante un segundo sintió sed de sangre, y su mano se levantaba ya para indicar á los soldados que atravesaran el pecho del joven; pero las últimas palabras del pedagogo ejercieron sobre él una influencia imprevista, á pesar de que Pacífico no se había dirigido más que á Juan Moreno. Mandó que se detuvieran los soldados, y apoyóse de nuevo en el hombro de Pedro porque se sentía desfallecer. Una diabólica sonrisa se dibujaba en su rostro. Traslucíase en él una crueldad implacable, una alegría salvaje, que daba frío hasta á los mismos sicarios que se habían agrupado en torno suyo.

—Yo no deseaba sino hacerle bien á Juan de Armagnac,—dijo con voz medio ahogada.

—¿Ninguno de vosotros me dirá dónde ha ido á refugiarse?

—¡Quita allá, tigre!—exclamó Juan Moreno casi tan calenturiento como Tarchino.—Te han arrebatado la presa y no volverás otra vez á encontrarla... ¡afila, pues, los dientes y muerde pronto!

Tarchino no dejó traslucir ninguna señal de cólera.

—¿Nadie me responderá?—dijo lentamente, mirando primero á Blanca de Armagnac y después á la duquesa Isabel y á Pacífico.

Por espacio de un segundo pareció recogerse para meditar; mas luego prorrumpió de improviso con voz vibrante:

—¡Viejo loco! ¿no tenías tú dos hijos en otros tiempos?

Pacífico dió un paso hacia él como si le hubiera impulsado una fuerza sobrenatural.

—¡Y suponen que tú amaste con extremo—prosiguió Tarchino—á la madre de esos dos niños, la pobre Marion, tu esposa que murió á los veinte años!

Un gemido se escapó del pecho del pedagogo. Todos los circunstantes escuchaban, incluso Juan Mo-

reno, con el corazón oprimido; todos conocían que se hallaba suspensa una cuchilla sobre la cabeza de aquel pobre hombre; todos presagiaban alguna cosa funesta, más terrible aún que la misma muerte.

Pacífico lo sentía también, pues un frío sudor bañaba su frente.

—¿Eres tú quien ha hecho escapar á Juan de Armagnac?—repuso Tarchino, envolviéndole en una rabiosa mirada.

—¡Yo soy!—murmuró Pacífico.

—¿Y eres tú también el que ha colocado á este joven en lugar de Armagnac?

Pacífico no respondió; pero de su garganta salió un quejido. Lo adivinaba todo.

—¡Sois un mentiroso!—exclamó el infeliz tratando de luchar contra la convicción que se apoderaba de él;—¡no os creo, no quiero creerlos!

Y apartaba los ojos de Juan Moreno y de Blanca, por no reconocer en esta hora de agonía la doble visión que se le apareció en los encantados jardines del rey profeta.

La risa del italiano fué volviendo más sarcástica.

—Tú no me crees—replicó;—pero es que no te he dicho nada todavía. Sin embargo, haces más que creerme... ¡me adivinas!

Pacífico se santiguó y dijo bajando los ojos:

—¡Santo Dios! ¡Santo Dios! ¡Iluminad mi pobre alma!

—Señorita—dijo Tarchino,—mirad á este joven cara á cara, y trasladaos por el recuerdo á los días de vuestra infancia. Juan Roldán, mira á esa joven y reconoce en ella á la hermana de que tan á menudo me has hablado.

Juan y Blanca obedecieron, á pesar suyo, mirándose, y temblaron.

La duquesa Isabel se puso más pálida que ellos,

porque su instinto maternal le hacía presentir que de esta escena iba á nacer el más inminente y supremo peligro para su hijo.

—¡Se reconocen!—exclamó triunfante el italiano. —¿Pero deseas aún más pruebas, viejo infeliz? Abre las vestiduras de tu hijo y observa qué es lo que hay en su pecho.

—¡Su hijo!—replicó la duquesa Isabel.—¡Su hijo y su hija! ¡Juan de Armagnac está perdido!

La Amapola y también los hombres de armas de Tarchino seguían con creciente interés las peripecias de este drama. Pacífico no osaba levantar los ojos del suelo.

—¡Y bien!—prosiguió el italiano,—¿es que no me has oído?

—Te he oído—respondió Pacífico;—pero no tengo necesidad de abrir las vestiduras de ese niño, porque ya sé que lleva grabado en el pecho el escudo de Armagnac. ¿Y qué prueba esto?

Los ojos ardientes y curiosos de Juan Moreno parecían que repetían la misma pregunta.

—No será muy larga la historia—replicó Vincencio Tarchino con cierta fruición;—no es ésta la primera vez que he sabido vencer mis pasiones. Aquí tenéis á un mocito extravagante que me ha privado de mi brazo derecho, que quería yo más que mi vida; sin embargo, en vez de abandonar á las espadas de mis soldados á ese loco, le permito permanecer aquí, en mi presencia, y hablo con él con toda tranquilidad. La sangre encendida de mi brazo me impulsa contra él... pero yo soy dueño de mí, reprimo mi cólera y contengo mi sangre. ¡Vive y le dejo vivir!

Levantó la cabeza, y Pacífico fijó en él su mirada.

—Tú vas á creerme ahora, pobre viejo—prosiguió Vincencio,—porque me presentaré á tus ojos tal como me has visto otras veces. Una noche, hace ya quince años, tú me arrebataste la presa lo mismo que

hoy, y como hoy, la casualidad me puso delante de este hijo tuyo. Aquella misma noche, no te olvides de ello, tu hijo fué llevado al palacio de la Marche para ser disciplinado en castigo de las faltas que cometiera el niño duque Juan...

—¡Es verdad!—murmuró Pacífico,—¡es verdad!

Y Juan repetía:

—¡Sí, es verdad!

La duquesa Isabel sentía que se le escapaba el alma.

—Yo hubiera podido matarle—continuó Tarchino,—y tal vez esta idea cruzó por mi imaginación; pero tú te habías llevado á Juan de Armagnac para lanzarle contra nosotros el día que se presentara propicio, y yo no ignoraba con qué objeto habías grabado en el pecho del niño el escudo de su casa. Díjeme entonces: habrá dos niños y dos escudos. El hijo del hombre que nos ha burlado vivirá para ser un obstáculo que se oponga á los proyectos de su padre; vivirá para ser el enemigo mortal de Juan de Armagnac; vivirá... ¿Pero á qué gastar tantas palabras? En esto que acabo de referir, tú me reconoces: ¿no es verdad, hermano Pacífico, que soy el mismo de siempre?

—Sí—murmuró el preceptor:—te reconozco.

—Pues bien—repuso el italiano arrollando el salvoconducto y metiéndolo en su seno, con la mayor tranquilidad:—si dentro de un cuarto de hora no sé el paradero de Juan de Armagnac, tu hijo y tu hija serán sacrificados ante tus propios ojos.

La duquesa Isabel exhaló un débil gemido, y la Amapola hubo de sostenerla en sus brazos.

VII

MISTERIOS DEL CORAZÓN

Sin decir una palabra más, Vincencio Tarchino se había retirado con toda su gente.

Apenas hubo cruzado el dintel de la puerta, pudieron oirse sus gemidos, motivados por el atroz sufrimiento que le torturaba. Apenas tuvo tiempo para volver á entrar en el cuarto donde el sabio Anibal Cola le había hecho la primera cura. El esfuerzo que acababa de imponerse habíale exasperado más y más la fiebre que le abrasaba; empezaron de nuevo las convulsiones, y los soldados viéronle retorcerse en el lecho del dolor, exhalando gritos de rabia. En medio de las blasfemias que vomitaba su boca, llamaba de vez en cuando en su ayuda á maese Anibal; pero maese Anibal no se presentaba.

Vincencio decía:

—¡Sufro atrocemente! Es imposible que haya tormentos semejantes en el infierno; pero no es llegada mi última hora, no: esto es la crisis, ¡la crisis que ha de restituirme la fuerza y la salud!

Y trataba de leer sus destinos en los semblantes consternados de sus compañeros.

Por la parte de afuera, había sucedido la calma al estrépito de la batalla, y el sol se elevaba radiante y sin nubes. Eran, á lo más, las nueve de la mañana.

En medio del silencio, púdose oír, en la dirección de la puerta Bucy, un toque de clarín; luego una voz lenta y monótona que prometía pingüe recompensa, en nombre del rey y de monseñor el duque de Orleans, al que supiera descubrir el paradero del joven Juan de Armagnac y de la duquesa su madre.